

—¿Qué es esto?—dijo Pedro.

—Tafetán inglés, por si se le cae al señor el que lleva en el arañazo de la mano....

—¡Ah! Bueno.

Pedro y el polizonte salieron, y, á instancia de éste, subió aquél en su compañía en el carruaje de alquiler que aguardaba delante del portal.

VII.

Cruzaron casi todo el *boulevard* Malesherbes, sumidos los dos en la más profunda meditación. De pronto el polizonte rompió el silencio, y como quien piensa en voz alta, exclamó:

— En verdad, fué una desdicha que no acudiera V. anoche á la cita de la señora Vivian, porque no hubiera sucedido la desgracia!

— ¡Es cierto: ahora viviría la infeliz!....

— ¡Qué mundo este! ¡Por doquier el contraste hace más brutal el dolor! ¡Mientras esa pobre mujer era asesinada, V. es-

taría tan ajeno á todo y tan satisfecho, en el casino ó en el teatro!.... ¡La vida de París es tan ocupada!....

— ¡En efecto, en el casino estaba yo!....

— ¿No frecuenta V. más que uno?

— Solamente el Mirlitón.

— Sí; el de la plaza Vendôme. Es uno de los mejores. ¿No le llaman también de la Unión Artística?

— Sí, señor, —repuso Pedro, á quien las preguntas del polizonte no lograron que abandonase sus preocupaciones, ni obtuvieron más que respuestas maquinales.

Por fin llegaron á la calle Blanche. Numerosos grupos comentaban el hecho delante del portal de la casa de la señora Vivian. La noticia del crimen había puesto en conmoción todo el barrio. Los *guardias de la paz* reconocieron á su jefe, le abrieron paso franco, y, seguido de Pedro, se apeó aquél del carruaje. Juntos subieron la escalera, y al llegar al piso tercero, el polizonte habló en voz baja con su Secretario, que estaba en la antesala, condujo á Morlain al comedor, y le dejó solo, yendo á reunirse con el Juez, que aún estaba en el salón.

— ¡Pronto ha despachado V.! ¿Nos trae

á nuestro hombre? — le dijo el Magistrado al verle entrar.

— Sí, señor; ahí fuera está.

— Enhorabuena. Temía que hubiese huído.

— Pues no parecía muy dispuesto....

— Según veo, la primera impresión de V. se ha modificado....

— En gran parte, sí, señor. La actitud del señor Morlain fué dignísima; sus respuestas muy categóricas, y las explicaciones que me dió en extremo lógicas.

— ¿Y no ha recogido V. ningún otro indicio? Porque acaba de decirme que su opinión primera, que señalaba al Morlain como presunto reo, se ha modificado sólo en parte....

— Hay dos detalles que sostienen mis dudas. Helos aquí: cuando le dieron el gabán para venirse conmigo, un gabán *de color gris*, observé que traía el cuello levantado. Dos testigos declaran, según las notas que se tomaron esta mañana, que el desconocido que salió á las once de anoche llevaba *gabán gris con el cuello levantado*....

— Lo recuerdo. La observación esa puede fundar una presunción muy aceptable....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Sin duda. Pero la noche de ayer fué mala, y abrigarse el cuello con el del gabán es naturalísimo cuando hace frío. Además, si el señor de Morlain fuera culpable, el primer cuidado que hubiera tenido era quitar de su traje todo indicio del crimen y todo lo que pudiera distinguirlo de otros transeuntes.

— ¡Oh! Eso estaría muy en su lugar si los culpables no dejaran siempre algún cabo suelto.... ¿Y cuál es el otro detalle?

— Uno más importante, lo reconozco, aunque....

— Veamos.

El Comisario contó el del tafetán para el araño de la mano de Morlain.

— ¿Y esta prueba no le parece á V. convincente? — dijo el Juez.

— No, señor. Desconfío de la casualidad.

Nada prueba que ese araño no se lo hizo de la manera más inocente del mundo; por otra parte, cuando su criado le habló de la pequeña herida, yo le observé con suma atención, y no pareció darle la menor importancia.

Siendo criminal, ¿no hubiese animado su semblante un gesto en que yo hubiera

leído: «esta torpeza de mi criado puede perderme?»

— Eso puede significar simplemente que tenemos que habérnoslas con un hombre dueño de sí á todas horas y difícil de coger en una contradicción.

— También puede ser. Sin embargo, cuando entramos juntos en el coche que nos ha traído, fijé mi atención en su mano, de modo que él lo notase, y ni procuró esconderla, ni siquiera pareció parar mientes en mi actitud. Efectivamente: tiene una cortadura muy pequeña mucho más abajo de la uña, y el médico dijo en mi presencia, al reconocer el cadáver, que la gotita de sangre que se observaba en el cuello era un araño del matador al sujetar á la víctima.

— Sí, eso dijo el médico que V. llamó. Pero otro que hice venir yo rectificó el reconocimiento, y declaró que la manchita de sangre proviene, no de la víctima, sino del dedo del matador, que se cortó sin duda luchando con ésta ó al sacar el puñal de la vaina. Requerido el primer médico, y después de una corta discusión, convino en que se había equivocado, y su colega estaba en lo cierto.

Á pesar de estas presunciones, cuya gravedad comprendía el Comisario, que cambió de creencia al hablar con Morlain, se sostenía en su segundo juicio, y se defendía por convicción, ó quizá por amor propio. Por eso replicó:

—Todos esos indicios, por muy poderosos motivos de acusación que sean, ésta caería por su base si el señor Morlain probase la coartada....

—Sin duda. Pero, ¿acaso la prueba?

—Asegura que pasó la noche en el Círculo de la Plaza Vendome, y, en tal caso, más de cien personas podrían declarar en su favor.

—Siendo así....

—Pronto saldremos de dudas. Mi primer cuidado, al llegar aquí, fué enviar á mi secretario en busca de noticias al Casino indicado.

—¿Tiene V. algo más que comunicarme?

—Sí, señor; y debí comenzar por ello. El señor Morlain asegura que hace tres días entregó cincuenta mil francos á su antigua querida, y este dato es de suma importancia.

—De muchísima. ¡Ya lo creo! Y me explico que haya V. modificado su primera impresión. Pero si el presunto autor del crimen no puede probar ese hecho, reconocerá V. que se vuelve en contra suya una fábula sin más objeto que hacer suponer que el robo fué el móvil del asesinato, para apartar así las sospechas que recaen sobre él, suponiendo un altercado con su querida, que le cegó hasta el punto de martarla en un arrebato de furor.

—Es cierto.

Aquí llegaban de su diálogo el Juez y el Comisario, cuando el Secretario de este último apareció en la puerta.

—Pase V. --le dijo su jefe.

VIII.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

El Secretario entró, hizo una reverencia á su jefe y al Juez, y á invitación de éste comenzó así:

—Como me ordenó el señor Comisario, me trasladé al Casino de la Unión Artística, vulgarmente llamado del Mirlitón, y comencé por preguntar á los criados á qué hora se podía ver allí al señor de Morlain. Todos convinieron en que me convenía más buscar en su casa á la persona que me interesaba, por no ser asiduo del Círculo, y el conserje añadió: «Hace más de quince días que no viene por aquí.»

El Comisario, desconcertado al oír las noticias de su dependiente, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á éste:

—¿Y se contentó V. con averiguar eso tan sólo?

—¡Oh! No, señor—interrumpió aquél.

—So pretexto de entregar una carta interesantísima para el señor Morlain, me dirigí á otras personas....

—¿Y esas?....

—Me aconsejaron que no la dejara en el Círculo, porque otros varios recados y cartas como la mía para el socio señor Morlain, estaban detenidas en secretaría, y aquél no parecía tener mucha prisa por recogerlas, pues hacía dos semanas que no había parecido por allí.

—¿Con esto le bastó á V. para convenirse de que el presunto autor del crimen cuyo esclarecimiento nos ocupa no pudo estar anoche en el Casino?

—Aun no. Deseando recoger datos indiscutibles, pedí ver al secretario de la Sociedad; me di á conocer como agente de policía, y después de reiterar mis preguntas á los criados y al conserje, y dirigírselas á varios socios, vino á decirme lo mismo que

yo he asegurado. Sin género posible de duda, se puede afirmar que hace quince días el señor Morlain no ha estado en el Miralitón.

—¿Ha oído V.?—dijo el Juez, volviéndose hacia el Comisario.

—Sí, perfectamente,—repuso éste, resignándose á perder toda ilusión sobre la inocencia del presunto asesino.

—No solamente no le es posible probar la coartada (prosiguió el Juez), sino que aun tenemos que tomar en cuenta el deseo manifiesto de desorientar nuestras pesquisas por medio de la mentira. Supongo que no le habrá V. dicho que sobre él recaen todas nuestras sospechas.

—Todo lo contrario, señor Juez. De mis palabras nada que pueda perjudicar la acción judicial se desprende. Él cree que le hice venir tan sólo para esclarecer nuestras dudas sobre detalles de la vida íntima de la señora Vivian.

—Entonces, hágame V. el favor de disponer que sea conducido aquí. La declaración suya delante del cadáver puede ilustrarnos mucho.

El Comisario obedeció; fué al comedor,

y en él halló á Pedro triste, pero tranquilo.

— El señor Juez ha terminado la tarea que le impidió recibirle en seguida, y desea ver á V.,— dijo con un acento, en el cual no había ni restos de la benevolencia que antes revelaban sus palabras.

El aludido, como si esperase esta orden y estuviera dispuesto contra todo evento, siguió al polizonte sin despegar los labios. Al llegar al dintel de la puerta del salón, sus miradas tropezaron con el cadáver de su antigua querida, extendido en el suelo en la misma postura en que fué encontrado por Jerónimo el portero, y sin poder evitarlo, por un impulso natural de terror, se detuvo, y dió un paso atrás.

Pero, repuesto en seguida, hizo un esfuerzo, venció la emoción que le dominaba, y siguió andando poco á poco, con los ojos fijos en el descompuesto semblante de la muerta, hasta llegar junto ella.

La miró atento unos instantes; luego se arrodilló para verla desde más cerca; dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, y acercando los labios á la frente yerta de la infeliz mujer, víctima suya según todas las apariencias, estampó en

ella un beso piadoso al par que tierno. Después volvió á ponerse en pie, se enjugó el llanto, miró en torno suyo, como si hasta entonces no hubiese notado que varias personas le rodeaban y no perdían el menor detalle de sus movimientos; y en seguida, sin vacilar, con paso firme, se dirigió al Juez, á quien reconoció desde luego por su continente reposado, la expresión invariablemente fría de su rostro y la roseta que ostentaba en el ojal de su levita negra.

— Caballero (le dijo con voz aún insegura, pero clara y vibrante), según me dijeron, deseaba V. verme y hablarme, y aquí me tiene á sus órdenes.

— Está muy bien, — replicó el magistrado con acento severo.

Y resuelto á aprovechar la sorpresa del acusado al lanzarle al rostro una acusación que no debía esperar, bruscamente prosiguió:

— ¿Sabe V. ya por qué se encuentra aquí en mi presencia?

— Sin duda. Para coadyuvar con mis noticias al esclarecimiento de un crimen que me afecta muy hondamente.

— El asunto es claro, y, por tanto, inútiles las noticias esas. Sabemos quién es el asesino.

— En ese caso....

— El criminal es V....

— ¡Yol!.... ¡Yol!.... — exclamó Pedro, retrocediendo, como si hubiera recibido un golpe en medio del pecho.

— Sí, V., — repitió el Juez con firmeza.

Pedro estuvo un momento perplejo. Después se pasó una mano por el rostro, se irguió, apretó los puños con rabia, y mirando al Juez cara á cara, dijo con tono amenazador:

— Caballero, no sé con qué derecho se lanza una acusación, que es un insulto, contra un hombre honrado que nunca pudo dar motivo para ello.

— Las sospechas de un Juez de instrucción (replicó el magistrado con calma), no pueden ser insultos. Su ministerio se las impone, le autoriza para formularlas, y á su vez el sospechoso tiene el derecho de rechazarlas, probando su inocencia.

— ¿Es decir que se me tiene por presunto asesino?

— Las apariencias todas le condenan á

V., de tal modo, que bien pudieran llamarse pruebas.

— ¿Cuáles son esas pruebas? Vengan. Las destruiré con sólo una palabra.

— Va V. á oirlas. Vuelva V. á la habitación donde estaba cuando se le llamó.

Pedro obedeció. Atravesó la estancia con paso seguro, sin mirar á la muerta, para evitar nuevas emociones que aumentasen las fatales sospechas en los momentos en que necesitaba toda su sangre fría.